

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Concilio Vaticano II

10 de octubre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos en la víspera del día en que celebraremos los cincuenta años de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II y el inicio del Año de la fe. Con esta Catequesis quiero comenzar a reflexionar —con algunos pensamientos breves— sobre el gran acontecimiento eclesial que fue el Concilio, acontecimiento del que fui testigo directo. El Concilio se nos presenta, por decirlo así, como un gran fresco, pintado con gran abundancia y variedad de elementos, bajo la guía del Espíritu Santo. Y, como ante un gran cuadro, de ese momento de gracia seguimos captando incluso hoy su extraordinaria riqueza, redescubriendo en él escenas, fragmentos y teselas especiales.

El beato Juan Pablo II, en el umbral del tercer milenio, escribió: «*Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia que la Iglesia ha recibido en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza*» (*Novo millennio ineunte*, 57). Pienso que esta imagen es elocuente. Los documentos del Concilio Vaticano II, a los que es necesario volver, liberándolos de una masa de publicaciones que a menudo en lugar de darlos a conocer los han ocultado, son, incluso para nuestro tiempo, una brújula que permite a la barca de la Iglesia avanzar mar adentro, en medio de tempestades o de olas serenas y tranquilas, para navegar segura y llegar a la meta.

grupo de cardenales presentes en la Sala capitular del Monasterio benedictino de San Pablo Extramuros cuando, el 25-1-1959, el beato Juan XXIII anunció el Sínodo diocesano para Roma y el Concilio para la Iglesia universal. La primera cuestión que se planteó en la preparación de ese gran acontecimiento fue precisamente cómo comenzar, qué cometido preciso atribuirle. El beato Juan XXIII, en el discurso de apertura, el 11-10-1962, dio una indicación general: dado que el mundo estaba cambiando rápidamente, la fe debía hablar de un modo "renovado", más incisivo, manteniendo sin embargo intactos sus contenidos perennes, sin renunciaciones ni componendas. El Papa deseaba que la Iglesia reflexionara sobre su fe, sobre las verdades que la guían. Pero desde esta reflexión seria y profunda sobre la fe debía delinearse de modo nuevo la relación entre la Iglesia y la Edad Moderna, entre el cristianismo y ciertos elementos esenciales del pensamiento moderno; no para someterse a él, sino para presentar a nuestro mundo, que tiende a alejarse de Dios, la exigencia del Evangelio en toda su grandeza y en toda su pureza (cf. Discurso a la Curia romana con ocasión de la felicitación navideña, 22-12-2005).

Lo indica muy bien el siervo de Dios Pablo VI en el discurso al final de la última sesión del Concilio, el 7-12-1965, con palabras extraordinariamente actuales, cuando afirma que, para valorar bien este acontecimiento, *«debe ser mirado en el tiempo en el cual se ha verificado. En efecto, ha tenido lugar —dice el Papa— en un tiempo en el cual, como todos reconocen, los hombres tienden al reino de la tierra más bien que al reino de los cielos; un tiempo, agregamos, en el cual el olvido de Dios se hace habitual, casi lo sugiere el progreso científico; un tiempo en el cual el ser humano, siendo más consciente de sí y de su propia libertad, tiende a reclamar la autonomía absoluta, emancipándose de toda ley trascendente; un tiempo en el cual el "laicismo" se considera la consecuencia legítima del pensamiento moderno y la norma más sabia para el ordenamiento temporal de la sociedad... En este tiempo se ha celebrado nuestro Concilio para gloria de Dios, en el nombre de Cristo, impulsado por el Espíritu Santo»*. Y concluía indicando como punto central del Concilio la cuestión sobre Dios, aquel Dios que *«existe realmente, vive, es una persona, es providente, es infinitamente bueno; es más, no solo bueno en sí, sino inmensamente bueno también para con nosotros; es nuestro Creador, nuestra verdad, nuestra felicidad, a tal punto que el hombre, cuando se esfuerza en la contemplación por fijar la mente y el corazón en Dios, realiza el acto más elevado y más pleno de su alma, el acto que incluso hoy puede y debe ser el culmen de los innumerables campos de la actividad humana, del*

por el Espíritu Santo, custodiaban en el corazón: el deseo de que todos puedan conocer el Evangelio y encontrar al Señor Jesús como camino, verdad y vida. Gracias.

*(**Saludo** a los peregrinos de lengua española)*